

como la costa era baja, sonaba mucho, y con este sobresalto llamé al maestre; el cual me respondió que creía que éramos cerca de tierra, y tentamos, y hallámonos en siete brazas, y parecióle que nos debíamos tener á la mar hasta que amaneciese; y así, yo tomé un remo, y bogué de la banda de la tierra, que nos hallamos una legua de ella, y dimos la popa á la mar; y cerca de tierra nos tomó una ola, que echó la barca fuera del agua un juego de herradura, y con el gran golpe que dió, casi toda la gente que en ella estaba como muerta, tornó en sí, y como se vieron cerca de la tierra, se comenzaron á descolgar, y con manos y piés andando; y como saheron á tierra á unos barrancos, hicieron lumbré y tostamos del maíz que traíamos, y hallamos agua de la que había llovido, y con el calor del fuego la gente tornó en sí, y comenzaron algo á esforzarse. El día que aquí llegamos era 6 del mes de noviembre.

## CAPITULO XI.

De lo que accedió á Lope de Oviedo con unos indios.

Desde que la gente hubo comido, mandé á Lope de Oviedo, que tenía mas fuerza y estaba mas recio que todos, se llegase á unos árboles que cerca de allí estaban, y subido en uno de ellos, descubriese la tierra en que estábamos, y procurase de haber alguna noticia de ella. El lo hizo así, y entendió que estábamos en isla, y vió que la tierra estaba cavada á la manera que suele estar tierra donde anda ganado, y parecióle por esto que debía ser tierra de cristianos, y así nos lo dijo. Yo le mandé que la tornase á mirar muy mas particularmente, y viese si en ella había algunos caminos que fuesen seguidos, y esto sin alargarse mucho, por el peligro que podía haber. El fué, y topando con una vereda, se fué por ella adelante hasta espacio de media legua, y halló unas chozas de unos indios que estaban solas, porque los indios eran idos al campo, y tomó una olla de ellos, y un perrillo pequeño y unas pocas de lizas, y así se volvió á nosotros; y pareciéndonos que se tardaba, envié otros dos cristianos para que le buscasen y viesen qué le había sucedido; y ellos le toparon cerca de allí, y vieron que tres indios, con arcos y flechas, venian tras de él llamándole, y él asimismo llamaba á ellos por señas; y así llegó donde estábamos, y los indios se quedaron un poco atrás asentados en la misma ribera; y dende á media hora acudieron otros cien indios flecheros, que, agora ellos fuesen grandes ó no, nuestro miedo les hacia parecer gigantes, y pararon cerca de nosotros, donde los tres primeros estaban. Entre nosotros excusado era pensar que habria quien se defendiese, porque difícilmente se hallaron seis que del suelo se pudiesen levantar. El veedor y yo salimos á ellos, y llamámosles, y ellos se llegaron á nosotros; y lo mejor que podimos, procuramos de asegurarlos y asegurarnos, y dimosles cuentas y cascabeles, y cada uno de ellos me dió una flecha, que es señal de amistad, y por señas nos dijeron que á la mañana volverian y nos traerian de comer, porque entonces no lo tenían.

## CAPITULO XII.

Cómo los indios nos trajeron de comer.

Otro día, saliendo el sol, que era la hora que los indios nos habían dicho, vinieron á nosotros, como lo habían prometido, y nos trajeron mucho pescado y de unas raíces que ellos comen, y son como nueces, algunas mayores ó menores; la mayor parte de ellas se sacan de bajo del agua y con mucho trabajo. A la tarde volvieron, y nos trajeron mas pescado y de las mismas raíces, y hicieron venir sus mujeres y hijos para que nos viesen; y así se volvieron ricos de cascabeles y cuentas que les dimos, y otros días nos tornaron á visitar con lo mismo que estotras veces. Como nosotros víamos que estábamos proveidos de pescado y de raíces y de agua y de las otras cosas que pedimos, acordamos de tornarnos á embarcar y seguir nuestro camino, y desenterramos la barca de la arena en que estaba metida, y fué menester que nos desnudásemos todos y pasásemos gran trabajo para echarla al agua, porque nosotros estábamos tales, que otras cosas muy mas livianas bastaban para ponernos en él; y así embarcados, á dos tiros de ballesta dentro en la mar nos dió tal golpe de agua, que nos mojó á todos; y como íbamos desnudos, y el frío que hacia era muy grande, soltamos los remos de las manos, y á otro golpe que la mar nos dió, trastornó la barca; el veedor y otros dos se asieron de ella para escaparse; mas sucedió muy al revés, que la barca los tomó debajo y se ahogaron. Como la costa es muy brava, el mar de un tumbo echó á todos los otros, envueltos en las olas y medio ahogados, en la costa de la misma isla, sin que faltasen mas de los tres que la barca había tomado debajo. Los que quedamos escapados, desnudos como nascimos, y perdido todo lo que traíamos; y aunque todo valia poco, para entonces valia mucho. Y como entonces era por noviembre, y el frío muy grande, y nosotros tales, que con poca dificultad nos podian contar los huesos, estábamos hechos propria figura de la muerte. De mí sé decir que desde el mes de mayo pasado yo no había comido otra cosa sino maíz tostado, y algunas veces me vi en necesidad de comerlo crudo; porque, aunque se mataron los caballos entre tanto que las barcas se hacian, yo nunca pude comer de ellos, y no fueron diez veces las que comí pescado. Esto digo por excusar razones, porque pueda cada uno ver qué tales estaríamos. Y sobre todo lo dicho, había sobrevenido viento norte, de suerte que mas estábamos cerca de la muerte que de la vida. Plugo á nuestro Señor que, buscando los tizones del fuego que allí habíamos hecho, hallamos lumbré, con que hicimos grandes fuegos; y así, estuvimos pidiendo á nuestro Señor misericordia y perdón de nuestros pecados, derramando muchas lágrimas, habiendo cada uno lástima, no solo de sí, mas de todos los otros, que en el mismo estado vian. Y á hora de puesto el sol, los indios, creyendo que no nos habíamos ido, nos volvieron á buscar y á traernos de comer, mas, cuando ellos nos vieron así en tan diferente hábito del primero, y en manera tan extraña, espantáronse tanto, que se volvieron atrás. Yo salí á ellos y llamélos, y vinieron muy espantados; hícelos entender por

señas cómo se nos había hundido una barca, y se habían ahogado tres de nosotros; y allí en su presencia ellos mismos vieron dos muertos, y los que quedábamos íbamos aquel camino. Los indios, de ver el desastre que nos había venido y el desastre en que estábamos, con tanta desventura y miseria, se sentaron entre nosotros, y con el gran dolor y lástima que hobieron de vernos en tanta fortuna, comenzaron todos á llorar recio, y tan de verdad, que lejos de allí se podía oír, y esto les duró mas de media hora; y cierto ver que estos hombres tan sin razon y tan crudos, á manera de brutos, se dolian tanto de nosotros, hizo que en mí y en otros de la compañía creciese mas la pasión y la consideración de nuestra desdicha. Sosegado ya este llanto, yo pregunté á los cristianos, y dije que, si á ellos pareciesa, rogaria á aquellos indios que nos llevasen á sus casas; y algunos de ellos que habían estado en la Nueva-España respondieron que no se debía hablar en ello, porque si á sus casas nos llevaban, nos sacrificarian á sus ídolos; mas, visto que otro remedio no había, y que por cualquier otro camino estaba mas cerca y mas cierta la muerte, no curé de lo que decian, antes rogué á los indios que nos llevasen á sus casas, y ellos mostraron que habían gran placer de ello, y que esperásemos un poco, que ellos harian lo que queríamos; y luego treinta de ellos se cargaron de leña, y se fueron á sus casas, que estaban lejos de allí, y quedamos con los otros hasta cerca de la noche, que nos tomaron, y llevándonos asidos y con mucha priesa, fuimos á sus casas; y por el gran frío que hacia, y temiendo que en el camino alguno no muriese ó desmayase, proveyeron que hobiese cuatro ó cinco fuegos muy grandes puestos á trechos, y en cada uno de ellos nos escalentaban; y desde que vian que habíamos tomado alguna fuerza y calor, nos llevaban hasta el otro tan apriesa, que casi los piés no nos dejaban poner en el suelo, y de esta manera fuimos hasta sus casas, donde hallamos que tenían hecha una casa para nosotros, y muchos fuegos en ella; y desde á un hora que habíamos llegado, comenzaron á bailar y hacer grande fiesta (que duró toda la noche), aunque para nosotros no había placer, fiesta ni sueño, esperando cuando nos habían de sacrificar; y la mañana nos tomaron á dar pescado y raíces, y hacer tan buen tratamiento, que nos aseguramos algo, y perdimos algo el miedo del sacrificio.

## CAPITULO XIII.

Cómo supimos de otros cristianos.

Este mismo día yo vi á un indio de aquellos un rescate, y conocí que no era de los que nosotros les habíamos dado; y preguntando dónde le habían habido, ellos por señas me respondieron que se lo habían dado otros hombres como nosotros, que estaban atrás. Yo, viendo esto, envié dos cristianos, y dos indios que les mostrasen aquella gente, y muy cerca de allí toparon con ellos, que también venian á buscarnos, porque los indios que allá quedaban les habían dicho de nosotros, y estos eran los capitanes Andrés Dorantes y Alonso del Castillo, con toda la gente de su barca. Y llegados á nosotros, se espantaron mucho de vernos de la manera que estábamos, y rescibieron muy gran pena por

no tener qué darnos; que ninguna otra cosa traían sino la que tenían vestida. Y estuvieron allí con nosotros, y nos contaron cómo á 5 de aquel mismo mes su barca había dado al través, legua y media de allí, y ellos habían escapado sin perderse ninguna cosa; y todos juntos acordamos de adobar su barca, y irnos en ella los que tuviesen fuerza y disposición para ello; los otros quedarse allí hasta que convaleciesen, para irse como pudiesen por luengo de costa, y que esperasen allí hasta que Dios los llevase con nosotros á tierra de cristianos; y cómo lo pensamos, así nos pusimos en ello, y antes que echásemos la barca al agua, Tavera, un caballero de nuestra compañía, murió, y la barca que nosotros pensábamos llevar hizo su fin, y no se pudo sostener á sí misma, que luego fué hundida; y como quedamos del arte que he dicho, y los mas desnudos, y el tiempo tan recio para caminar y pasar rios y ancones á nado, ni tener bastimento alguno ni manera para llevarlo, determinamos de hacer lo que la necesidad pedía, que era invernar allí; y acordamos tambien que cuatro hombres, que mas recios estaban, fuesen á Pánuco, creyendo que estábamos cerca de allí; y que si Dios nuestro Señor fuese servido de llevarlos allá, diesen aviso de cómo quedábamos en aquella isla, y de nuestra necesidad y trabajo. Estos eran muy grandes nadadores, y al uno llamaban Alvaro Fernandez, portugués, carpintero y marinero; el segundo se llamaba Mendez, y el tercero Figueroa, que era natural de Toledo; el cuarto Astudillo, natural de Zafra; llevaban consigo un indio que era de la isla.

## CAPITULO XIV.

Cómo se partieron los cuatro cristianos.

Partidos estos cuatro cristianos, dende á pocos días sucedió tal tiempo de frios y tempestades, que los indios no podian arrancar las raíces, y de los cañales en que pescaban ya no había provecho ninguno, y como las casas eran tan desabrigadas, comenzó á morir la gente; y cinco cristianos que estaban en rancho en la costa llegaron á tal extremo, que se comieron los unos á los otros, hasta que quedó uno solo, que por ser solo no hubo quien lo comiese. Los nombres de ellos son estos: Sierra, Diego Lopez, Corral, Palacios, Gonzalo Ruiz. De este caso se alteraron tanto los indios, y hobo entre ellos tan gran escándalo, que sin duda si al principio ellos lo vieran, los mataran, y todos nos viéramos en grande trabajo. Finalmente, en muy poco tiempo, de ochenta hombres que de ambas partes allí llegamos, quedaron vivos solos quince; y después de muertos estos, dió á los indios de la tierra una enfermedad de estómago, de que murió la mitad de la gente de ellos, y creyeron que nosotros éramos los que los matábamos; y teniéndolo por muy cierto, concertaron entre sí de matar á los que habíamos quedado. Ya que lo venian á poner en efecto, un indio que á mí me tenia les dijo que no creyesen que nosotros éramos los que los matábamos, porque si nosotros tal poder tuviéramos, excusáramos que no murieran tantos de nosotros como ellos vian que habían muerto sin que les pudiéramos poner remedio; y que ya no quedábamos sino muy pocos, y que ninguno hacia daño ni perjuicio; que lo me-

por era que nos dejasen. Y quiso nuestro Señor que los otros siguieron este consejo y parescer, y así se estorbó su propósito. A esta isla pusimos por nombre isla de Mal-Hado. La gente que allí hallamos son grandes y bien dispuestos; no tienen otras armas sino flechas y arcos, en que son por extremo diestros. Tienen los hombres la una teta horadada de una parte á otra, y algunos hay que las tienen ambas, y por el agujero que hacen, traen una caña atravesada, tan larga como dos palmas y medio, y tan gruesa como dos dedos; traen también horadado el labio de abajo, y puesto en él un pedazo de la caña delgada como medio dedo. Las mujeres son para mucho trabajo. La habitación que en esta isla hacen es desde octubre hasta en fin de hebrero. El su mantenimiento es las raíces que he dicho, sacadas de bajo el agua por noviembre y diciembre. Tienen cañales, y no tienen mas peces de para este tiempo; de ahí adelante comen las raíces. En fin de hebrero van á otras partes á buscar con qué mantenerse, porque entonces las raíces comienzan á nacer y no son buenas. Es la gente del mundo que mas aman á sus hijos y mejor tratamiento les hacen; y cuando acaesce que á alguno se le muere el hijo, llóranle los padres y los parientes, y todo el pueblo, y el llanto dura un año cumplido, que cada día por la mañana antes que amanezca comienzan primero á llorar los padres, y tras esto todo el pueblo; y esto mismo hacen al mediodía y cuando amanesce; y pasado un año que los han llorado, hácenle las honras del muerto, y lávanse y límpianse del tizne que traen. A todos los defuntos lloran de esta manera, salvo á los viejos, de quien no hacen caso, porque dicen que ya han pasado su tiempo, y de ellos ningun provecho hay; antes ocupan la tierra y quitan el mantenimiento á los niños. Tienen por costumbre de enterrar los muertos, sino son los que entre ellos son físicos, que á estos quemanlos; y mientras el fuego arde, todos están bailando y haciendo muy gran fiesta, y hacen polvo los huesos; y pasado un año, cuando se hacen sus honras todos se jasan en ellas; y á los parientes dan aquellos polvos á beber, de los huesos, en agua. Cada uno tiene una mujer conocida. Los físicos son los hombres mas libertados; pueden tener dos, y tres, y entre estas hay muy gran amistad y conformidad. Cuando viene que alguno casa su hija, el que la toma por mujer, dende el día que con ella se casa, todo lo que matare cazando ó pescando, todo lo trae la mujer á la casa de su padre, sin osar tomar ni comer alguna cosa de ello, y de casa del suegro le llevan á él de comer; y en todo este tiempo el suegro ni la suegra no entran en su casa, ni él ha de entrar en casa de los suegros ni cuñados; y si acaso se toparen por alguna parte, se desvian un tiro de ballesta el uno del otro, y entre tanto que así van apartándose, llevan la cabeza baja y los ojos en tierra puestos; porque tienen por cosa mala verse ni hablarse. Las mujeres tienen libertad para comunicar y conversar con los suegros y parientes, y esta costumbre se tiene desde la isla hasta mas de cincuenta leguas por la tierra adentro.

Otra costumbre hay, y es que cuando algun hijo ó hermano muere, en la casa donde muere, tres meses

no buscan de comer, antes se dejan morir de hambre, y los parientes y los vecinos les proveen de lo que han de comer. Y como en el tiempo que aquí estuvimos murió tanta gente de ellos, en las mas casas habia muy gran hambre, por guardar también su costumbre y cerimonia; y los que lo buscaban, por mucho que trabajaban, por ser el tiempo tan recio, no podian haber sino muy poco; y por esta causa los indios que á mí me tenían se salieron de la isla, y en unas canoas se pasaron á Tierra-Firme, á unas bahías adonde tenían muchos ostiones, y tres meses del año no comen otra cosa, y beben muy mala agua. Tienen gran falta de leña, y de mosquitos muy grande abundancia. Sus casas son edificadas de esteras sobre muchas cáscaras de ostiones, y sobre ellos duermen en cueros, y no los tienen sino es acaso; y así estuvimos hasta en fin de abril, que fuimos á la costa de la mar, á do comimos moras de zarzas todo el mes, en el cual no cesan de hacer su areitos y fiestas.

## CAPITULO XV.

De lo que nos acaesció en la isla de Mal-Hado.

En aquella isla que he contado nos quisieron hacer físicos sin examinarnos ni pedirnos los títulos, porque ellos curan las enfermedades soplando al enfermo, y con aquel soplo y las manos echan de él la enfermedad, y mandáronnos que hiciésemos lo mismo y sirviésemos en algo; nosotros nos reiamos de ello, diciendo que era burla y que no sabiamos curar; y por esto nos quitaban la comida hasta que hiciésemos lo que nos decían. Y viendo nuestra porfía, un indio me dijo á mí que yo no sabia lo que decia en decir que no aprovecharia nada aquello que él sabia, ca las piedras y otras cosas que se crian por los campos tienen virtud; y que él con una piedra caliente, trayéndola por el estómago, sanaba y quitaba el dolor, y que nosotros, que éramos hombres, cierto era que teniamos mayor virtud y poder. En fin, nos vimos en tanta necesidad, que lo hobimos de hacer, sin temer que nadie nos llevase por ello la pena. La manera que ellos tienen en curarse es esta: que en viéndose enfermos, llaman un médico, y después de curado, no solo le dan todo lo que poseen, mas entre sus parientes buscan cosas para darle. Lo que el médico hace es dalle unas sajas adonde tiene el dolor, y chüpanles al derredor de ellas. Dan cauterios de fuego, que es cosa entre ellos tenida por muy provechosa, y yo lo he experimentado, y me suscedió bien de ello; y después de esto, soplan aquel lugar que les duele, y con esto creen ellos que se les quita el mal. La manera con que nosotros curamos era santiguándolos y soplarlos, y rezar un *Pater noster* y un *Ave Maria*, y rogar lo mejor que podiamos á Dios nuestro Señor que les diese salud, y espirase en ellos que nos hiciesen algun buen tratamiento. Quiso Dios nuestro Señor y su misericordia que todos aquellos por quien suplicamos, luego que los santiguamos decían á los otros que estaban sanos y buenos; y por este respecto nos hacian buen tratamiento, y dejaban ellos de comer por dárnoslo á nosotros, y nos daban cueros y otras cosillas. Fué tan extremada la hambre que allí se pasó, que muchas veces estuve tres dias sin comer ninguna cosa, y ellos también lo

estaban, y parecíame ser cosa imposible durar la vida, aunque en otras mayores hambres y necesidades me vi después, como adelante diré. Los indios que tenían á Alonso del Castillo y Andrés Dorantes, y á los demás que habian quedado vivos, como eran de otra lengua y de otra parentela, se pasaron á otra parte de la Tierra-Firme á comer ostiones, y allí estuvieron hasta el 4.º día del mes de abril, y luego volvieron á la isla, que estaba de allí hasta dos leguas por lo mas ancho del agua, y la isla tiene media legua de través y cinco en largo.

Toda la gente de esta tierra anda desnuda; solas las mujeres traen de sus cuerpos algo cubierto con una lana que en los árboles se cria. Las mozas se cubren con unos cueros de venados. Es gente muy partida de lo que tienen unos con otros. No hay entre ellos señor. Todos los que son de un linaje andan juntos. Habitan en ellas dos maneras de lenguas; á los unos llaman de Capoques, y á los otros de Han: tienen por costumbre cuando se conocen y de tiempo á tiempo se ven, primero que se hablen estar media hora llorando; y acabado esto, aquel que es visitado se levanta primero y da al otro todo cuanto posee, y el otro lo rescibe, y de ahí á un poco se va con ello, y aun algunas veces después de recebido se van sin que hablen palabra. Otras extrañas costumbres tienen; mas yo he contado las mas principales y mas señaladas por pasar adelante y contar lo que mas nos suscedió.

## CAPITULO XVI.

Cómo se partieron los cristianos de la isla de Mal-Hado.

Después que Dorantes y Castillo volvieron á la isla recogieron consigo todos los cristianos, que estaban algo esparcidos, y halláronse por todos catorce. Yo, como he dicho, estaba en la otra parte, en Tierra-Firme, donde mis indios me habian llevado y donde me habia dado tan gran enfermedad, que ya que alguna otra cosa me diera esperanza de vida, aquella bastaba para del todo quitármela. Y como los cristianos esto supieron, diéron á un indio la manta de martas que del Cacique habiamos tomado, como arriba dijimos, porque los pasase donde yo estaba, para verme; y así, vinieron doce, porque los dos quedaron tan flacos, que no se atrevieron á traerlos consigo. Los nombres de los que entonces vinieron son: Alonso del Castillo, Andrés Dorantes y Diego Dorantes, Valdivieso, Estrada, Tostado, Chaves, Gutierrez, asturiano, clérigo; Diego de Huelva, Estebanico el negro, Benitez; y como fueron venidos á Tierra-Firme, hallaron otro, que era de los nuestros, que se llamaba Francisco de Leon; y todos trece por luengo de costa. Y luego que fueron pasados, los indios que me tenían me avisaron de ello, y cómo quedaban en la isla Hierónimo de Alaniz y Lope de Oviedo. Mi enfermedad estorbó que no les pude seguir ni los vi. Yo hube de quedar con estos mismos indios de la isla mas de un año, y por el mucho trabajo que me daban y mal tratamiento que me hacian, determiné de huir de ellos y irme á los que moran en los montes y Tierra-Firme, que se llaman los de Charruco, porque yo no podia sufrir la vida que con estos otros tenia; porque, entre otros trabajos muchos, habia de sacar las raíces para comer de bajo del agua y entre las

HA.

cañas donde estaban metidas en la tierra; y de esto traia yo los dedos tan gastados, que una paja que me tocase me hacia sangre de ellos, y las cañas me rompian por muchas partes, porque muchas de ellas estaban quebradas, y habia de entrar por medio de ellas con la ropa que he dicho que traia. Y por esto yo puse en obra de pasarme á los otros, y con ellos me suscedió algo mejor; y porque yo me hice mercader, procuré de usar el oficio lo mejor que supe, y por esto ellos me daban de comer y me hacian buen tratamiento y rogábanme que me fuese de unas partes á otras por cosas que ellos habian menester; porque por razon de la guerra que continuo traen, la tierra no se anda ni se contrata tanto. E ya con mis tratos y mercaderías entraba la tierra adentro todo lo que queria, y por luengo de costa me alargaba cuarenta ó cincuenta leguas. Lo principal de mi trato era pedazos de caracoles de la mar, y corazones de ellos y conchas, con que ellos cortan una fruta que es como frisoles, con que se curan y hacen sus bailes y fiestas; y esta es la cosa de mayor precio que entre ellos hay, y cuentas de la mar y otras cosas. Así, esto era lo que yo llevaba la tierra adentro; y en cambio y trueco de ello traia cueros y almagra, con que ellos se untan y tiñen las caras y cabellos; pedernales para puntas de flechas, engrudo y cañas duras para hacerlas, y unas borlas que se hacen de pelos de venados, que las tiñen y paran coloradas; y este oficio me estaba á mí bien, porque andando en él tenia libertad para ir donde queria, y no era obligado á cosa alguna, y no era esclavo, y donde quiera que iba me hacian buen tratamiento y me daban de comer, por respeto de mis mercaderías, y lo mas principal porque andando en ello, yo buscaba por dónde me habia de ir adelante, y entre ellos era muy conocido: holgaban mucho cuando me vian y les traia lo que habian menester, y los que no me conocian me procuraban y deseaban ver, por mi fama. Los trabajos que en esto pasé seria largo contarlos, así de peligros y hambres, como de tempestades y frios, que muchos de ellos me tomaron en el campo y solo, donde por gran misericordia de Dios nuestro Señor escapé; y por esta causa yo no trataba el oficio en invierno, por ser tiempo que ellos mismos en sus chozas y ranchos metidos no podian valerse ni ampararse. Fueron casi seis años el tiempo que yo estuve en esta tierra solo entre ellos y desnudo, como todos andaban. La razon por que tanto me detuve fué por llevar conmigo un cristiano que estaba en la isla, llamado Lope de Oviedo. El otro compañero de Alaniz, que con él habia quedado cuando Alonso del Castillo y Andrés Dorantes con todos los otros se fueron, murió luego; y por sacarlo de allí yo pasaba á la isla cada año y le rogaba que nos fuésemos á la mejor maña que pudiésemos en busca de cristianos, y cada año me detenía diciendo que el otro siguiente nos iriamos. En fin, al cabo lo saqué y le pasé el ancon y cuatro rios que hay por la costa, porque él no sabia nadar, y así fuimos con algunos indios adelante hasta que llegamos á un ancon que tiene una legua de través y es por todas partes hondo; y por lo que de él nos pareció y vimos, es el que llaman del Espíritu Santo, y de la otra parte de él vimos unos indios, que vinieron á ver los nuestros, y nos dijeron cómo mas

34

adelante habia tres hombres como nosotros, y nos dijeron los nombres de ellos; y preguntándoles por los demás, nos respondieron que todos eran muertos de frio y de hambre, y que aquellos indios de adelante ellos mismos por su pasatiempo habian muerto á Diego Dorantes y á Valdivieso y á Diego de Huelva, porque se habian pasado de una casa á otra; y que los otros indios sus vecinos, con quien agora estaba el capitán Dorantes, por razon de un sueño que habian soñado, habian muerto á Esquivel y á Mendez. Preguntámosles qué tales estaban los vivos; dijéronnos que muy maltratados, porque los mochos y otros indios, que entre ellos son muy holgazanes y de mal trato, les daban muchas coces y bofetones y palos, y que esta era la vida que con ellos tenian. Quesimónos informar de la tierra adelante y de los mantenimientos que en ella habia; respondieron que era muy pobre de gente, y que en ella no habia qué comer, y que morian de frio, porque no tenian cueros ni con qué cubrirse. Dijéronnos tambien si queriamos ver aquellos tres cristianos, que de ahí á dos dias los indios que los tenian venian á comer nueces, una legua de allí, á la vera de aquel rio; y porque viésemos que lo que nos habian dicho del mal tratamiento de los otros era verdad, estando con ellos dieron al compañero mio de bofetones y palos, y yo no quedé sin mi parte y de muchos pellazos de lodo que nos tiraban, y nos ponian cada dia las flechas al corazon, diciendo que nos querian matar como á los otros nuestros compañeros. Y temiendo esto Lope de Oviedo, mi compañero, dijo que queria volverse con unas mujeres de aquellos indios, con quien habiamos pasado el ancon, que quedaban algo atrás. Yo porfié mucho con él que no lo hiciese, y pasé muchas cosas, y por ninguna via lo pude detener; y así, se volvió, y yo quedé solo con aquellos indios, los cuales se llamaban quevenes, y los otros con quien él se fué llaman deaguanes.

## CAPITULO XVII.

Cómo vinieron los indios y trajeron á Andrés Dorantes y á Castillo y á Estebanico.

Desde á dos dias que Lope de Oviedo se habia ido, los indios que tenian á Alonso del Castillo y Andrés Dorantes vinieron al mismo lugar que nos habian dicho, á comer de aquellas nueces de que se mantienen, moliendo unos granillos con ellas, dos meses del año, sin comer otra cosa, y aun esto no lo tienen todos los años, porque acuden uno, y otro no; son del tamaño de las de Galicia, y los árboles son muy grandes, y hay gran número de ellos. Un indio me avisó cómo los cristianos eran llegados, y que si yo queria verlos me hurtase y huyese á un canto de un monte que él me señaló; porque él y otros parientes suyos habian de venir á ver aquellos indios, y que me llevarian consigo adonde los cristianos estaban. Yo me confié de ellos, y determiné de hacerlo, porque tenian otra lengua distinta de la de mis indios; y puesto por obra, otro dia fueron y me hallaron en el lugar que estaba señalado; y así, me llevaron consigo. Ya que llegué cerca de donde tenian su aposento, Andrés Dorantes salió á ver quién era, porque los indios le habian tambien dicho cómo venia un

cristiano; y cuando me vió fué muy espantado, porque habia muchos dias que me tenian por muerto, y los indios así lo habian dicho. Dimos muchas gracias á Dios de vernos juntos, y este dia fué uno de los de mayor placer que en nuestros dias habemos tenido; y llegado donde Castillo estaba, me preguntaron que dónde iba. Yo le dije que mi propósito era de pasar á tierra de cristianos, y que en este rastro y busca iba. Andrés Dorantes respondió que muchos dias habia que él rogaba á Castillo y á Estebanico que se fuesen adelante, y que no lo osaban hacer porque no sabian nadar, y que temian mucho los rios y ancones por donde habian de pasar; que en aquella tierra hay muchos. Y pues Dios nuestro Señor habia sido servido de guardarme entre tantos trabajos y enfermedades, y al cabo traerme en su compañía, que ellos determinaban de huir, que yo los pasaria de los rios y ancones que topásemos; y avisáronme que en ninguna manera diese á entender á los indios ni conociesen de mí que yo queria pasar adelante, porque luego me matarian; y que para esto era menester que yo me detuyese con ellos seis meses, que era tiempo en que aquellos indios iban á otra tierra á comer tunas. Esta es una fruta que es del tamaño de huevos, y son bermejas y negras y de muy buen gusto. Cómenlas tres meses del año, en los cuales no comen otra cosa alguna; porque al tiempo que ellos las cogian venian á ellos otros indios de adelante, que traian arcos para contratar y cambiar con ellos; y que cuando aquellos se volbiesen nos huiriamos de los nuestros, y nos volveriamos con ellos. Con este concierto yo quedé allí, y me dieron por esclavo á un indio con quien Dorantes estaba, el cual era tuerto, y su mujer y un hijo que tenia y otro que estaba en su compañía; de manera que todos eran tuertos. Estos se llaman mariames, y Castillo estaba con otros sus vecinos, llamados iguaces. Y estando aquí ellos me contaron que después que salieron de la isla de Mal-Hado, en la costa de la mar hallaron la barca en que iba el contador y los frailes al través; y que yendo pasando aquellos rios, que son cuatro muy grandes y de muchas corrientes, les llevó las barcas en que pasaban á la mar, donde se ahogaron cuatro de ellos, y que así fueron adelante hasta que pasaron el ancon, y lo pasaron con mucho trabajo, y á quince leguas adelante hallaron otro; y que cuando allí llegaron ya se les habian muerto dos compañeros en sesenta leguas que habian andado; y que todos los que quedaban estaban para lo mismo, y que en todo el camino no habian comido sino cangrejos y yerba pedrera; y llegados á este último ancon, decian que hallaron en él indios que estaban comiendo moras; y como vieron á los cristianos, se fueron de allí á otro cabo; y que estando procurando y buscando manera para pasar el ancon, pasaron á ellos un indio y un cristiano, y que llegado, conocieron que era Figueroa, uno de los cuatro que habiamos enviado adelante en la isla de Mal-Hado, y allí les contó cómo él y sus compañeros habian llegado hasta aquel lugar, donde se habian muerto dos de ellos y un indio, todos tres de frio y de hambre, porque habian venido y estado en el más recio tiempo del mundo, y que á él y á Mendez habian tomado los indios, y que estando con ellos, Mendez ha-

bia huido yendo la via lo mejor que pudo de Pánuco, y que los indios habian ido tras él y que lo habian muerto; y que estando él con estos indios supo de ellos cómo con los marianes estaba un cristiano que habia pasado de la otra parte, y lo habia hallado con los que llamaban quevenes; y que este cristiano era Hernando de Esquivel, natural de Badajoz, el cual venia en compañía del comisario, y que él supo de Esquivel el fin en que habian parado el Gobernador y contador y los demás, y le dijo que el contador y los frailes habian echado al través su barca entre los rios, y viniéndose por luengo de costa, llegó la barca del Gobernador con su gente en tierra, y él se fué con su barca hasta que llegaron á aquel ancon grande, y que allí tornó á tomar la gente y la pasó del otro cabo, y volvió por el contador y los frailes y todos los otros; y contó cómo estando desembarcados, el Gobernador habia revocado el poder que el contador tenia de lugarteniente suyo, y dió el cargo á un capitán que traia consigo, que se decia Pantoja, y que el Gobernador se quedó en su barca, y no quiso aquella noche salir á tierra, y quedaron con él un maestre y un paje que estaba malo, y en la barca no tenian agua ni cosa ninguna que comer; y que á media noche el norte vino tan recio, que sacó la barca á la mar, sin que ninguno la viese, porque no tenia por reson sino una piedra, y que nunca mas supieron de él; y que visto esto, la gente que en tierra quedaron se fueron por luengo de costa, y que como hallaron tanto estorbo de agua, hicieron balsas con mucho trabajo, en que pasaron de la otra parte; y que yendo adelante, llegaron á una punta de un monte orilla del agua, y que hallaron indios, que como los vieron venir metieron sus casas en sus canoas y se pasaron de la otra parte á la costa; y los cristianos, viendo el tiempo que era, porque era por el mes de noviembre, pararon en este monte, porque hallaron agua y leña y algunos cangrejos y mariscos, donde de frio y de hambre se comenzaron poco á poco á morir. Allende de esto, Pantoja, que por teniente habia quedado, les hacia mal tratamiento, y no lo pudiendo sufrir Sotomayor, hermano de Vasco Porcallo, el de la isla de Cuba, que en el armada habia venido por maestre de campo, se revolió con él y le dió un palo, de que Pantoja quedó muerto, y así se fueron acabando; y los que morian, los otros los hacian tasajos; y el último que murió fué Sotomayor, y Esquivel lo hizo tasajos, y comiendo de él se mantuvo hasta 1.º de marzo, que un indio de los que allí habian huido vino á ver si eran muertos, y llevó á Esquivel consigo; y estando en poder de este indio, el Figueroa lo habló, y supo de él todo lo que habemos contado, y le rogó que se viniese con él, para irse ambos la via del Pánuco; lo cual Esquivel no quiso hacer, diciendo que él habia sabido de los frailes que Pánuco habia quedado atrás; y así, se quedó allí, y Figueroa se fué á la costa adonde solia estar.

## CAPITULO XVIII.

De la relacion que dió de Esquivel.

Esta cuenta toda dió Figueroa por la relacion que de Esquivel habia sabido; y así, de mano en mano llegó á mí, por donde se puede ver y saber el fin que toda

aquella armada hobo y los particulares casos que á cada uno de los demás acontecieron. Y dijo mas, que si los cristianos algun tiempo andaban por allí, podria ser que viesen á Esquivel, porque sabia que se habia huido de aquel indio con quien estaba, á otros, que se decian los mareames, que eran allí vecinos. Y como acabo de decir, él y el asturiano se quisieran ir á otros indios que adelante estaban; mas como los indios que lo tenian lo sintieron, salieron á ellos, y diéronles muchos palos, y desnudaron al asturiano, y pasáronle un brazo con una flecha; y en fin, se escaparon huyendo, y los cristianos se quedaron con aquellos indios, y acabaron con ellos que los tomasen por esclavos, aunque estando sirviéndoles fueron tan maltratados de ellos, como nunca esclavos ni hombres de ninguna suerte lo fueron; porque, de seis que eran, no contentos con darles muchas bofetadas y apalearlos y pelarles las barbas por su pasatiempo, por solo pasar de una casa á otra mataron tres, que son los que arriba dije, Diego Dorantes y Valdivieso y Diego de Huelva, y los otros tres que quedaban esperaban parar en esto mismo; y por no sufrir esta vida, Andrés Dorantes se huyó y se pasó á los mareames, que eran aquellos adonde Esquivel habia parado, y ellos le contaron cómo habian tenido allí á Esquivel, y cómo estando allí se quiso huir porque una mujer habia soñado que le habia de matar un hijo, y los indios fueron tras él y lo mataron, y mostraron á Andrés Dorantes su espada y sus cuentas y libro y otras cosas que tenia. Esto hacen estos por una costumbre que tienen, y es que matan sus mismos hijos por sueños, y á las hijas en nasciendo las dejan comer á perros, y las echan por ahí. La razon por que ellos lo hacen es, segun ellos dicen, porque todos los de la tierra son sus enemigos y con ellos tienen continua guerra; y que si acaso casasen sus hijas, multiplicarian tanto sus enemigos, que los sujetarian y tomarian por esclavos; y por esta causa querian mas matallas que no que de ellas mismas nasciese quien fuese su enemigo. Nosotros les dijimos que por qué no las casaban con ellos mismos. Y tambien entre ellos dijeron que era fea cosa casarlas con sus parientes, y que era muy mejor matarlas que darlas á sus parientes ni á sus enemigos; y esta costumbre usan estos y otros sus vecinos, que se llaman los iguaces, solamente, sin que ningunos otros de la tierra la guarden. Y cuando estos se han de casar, compran las mujeres á sus enemigos, y el precio que cada uno da por la suya es un arco, el mejor que puede haber, con dos flechas; y si acaso no tiene arco, una red hasta una braza en ancho y otra en largo. Matan sus hijos, y mercan los ajenos; no dura el casamiento mas de cuanto están contentos, y con una higa deshacen el casamiento. Dorantes estuvo con estos, y desde á pocos dias se huyó. Castillo y Estebanico se vinieron dentro á la Tierra-Firme á los iguaces. Toda esta gente son flecheros y bien dispuestos, aunque no tan grandes como los que atrás dejamos, y traen la teta y el labio horadados. Su mantenimiento principalmente es raíces de dos ó tres maneras, y búscanlas por toda la tierra; son muy malas, y hinchan los hombres que las comen. Tardan dos dias en asarse, y muchas de ellas son muy amargas, y con todo esto se sacan con mucho

trabajo. Es tanta la hambre que aquellas gentes tienen, que no se pueden pasar sin ellas, y andan dos ó tres leguas buscándolas. Algunas veces matan algunos venados, y á tiempos toman algun pescado; mas esto es tan poco, y su hambre tan grande, que comen arañas y huevos de hormigas, y gusanos y lagartijas y salamanguesas y culebras y víboras, que matan los hombres que muerden, y comen tierra y maíera y todo lo que pueden haber, y estiércol de venados, y otras cosas que dejo de contar; y creo averiguadamente que si en aquella tierra hubiese piedras las comerían. Guardan las espaldas del pescado que comen, y de las culebras y otras cosas, para molerlo después todo y comer el polvo de ello. Entre estos no se cargan los hombres ni llevan cosa de peso; mas llévanlo las mujeres y los viejos, que es la gente que ellos en menos tienen. No tienen tanto amor á sus hijos como los que arriba dijimos. Hay algunos entre ellos que usan pecado contra natura. Las mujeres son muy trabajadas y para mucho, porque de veinte y cuatro horas que hay entre día y noche no tienen sino seis horas de descanso, y todo lo mas de la noche pasan en atizar sus hornos para secar aquellas raíces que comen; y desde amanecer comienzan á cavar y á traer leña y agua á sus casas y dar órden en las otras cosas de que tienen necesidad. Los mas de estos son grandes ladrones, porque aunque entre sí son bien partidos, en volviendo uno la cabeza, su hijo mismo ó su padre le toma lo que puede. Mienten muy mucho, y son grandes borrachos, y para esto beben ellos una cierta cosa. Están tan usados á correr, que sin descansar ni cansar corren desde la mañana hasta la noche, y siguen un venado; y de esta manera matan muchos de ellos, porque los siguen hasta que los cansan, y algunas veces los toman vivos. Las casas de ellos son de esteras, puestas sobre cuatro arcos; llévanlas á cuestras, y mudanse cada dos ó tres días para buscar de comer; ninguna cosa siembran que se puedan aprovechar; es gente muy alegre; por mucha hambre que tengan, por eso no dejan de bailar ni de hacer sus fiestas y areitos. Para ellos el mejor tiempo que estos tienen es cuando comen las tunas, porque entonces no tienen hambre, y todo el tiempo se les pasa en bailar, y comen de ellas de noche y de día; todo el tiempo que les duran exprimenlas y ábrenlas y pónenlas á secar, y después de secas pónenlas en unas seras, como higos, y guárdanlas para comer por el camino cuando se vuelven, y las cáscaras de ellas muélenlas y hácenlas polvo. Muchas veces, estando con estos, nos aconteció tres ó cuatro días estar sin comer porque no lo había; ellos, por alegrarnos, nos decían que no estuviésemos tristes; que presto habría tunas y comeríamos muchas, y beberíamos del zumo de ellas, y terníamos las barrigas muy grandes y estaríamos muy contentos y alegres y sin hambre alguna; y desde el tiempo que esto nos decían hasta que las tunas se hubiesen de comer había cinco ó seis meses; y en fin, hubimos de esperar aquestos seis meses, y cuando fué tiempo fuimos á comer las tunas; hallamos por la tierra muy gran cantidad de mosquitos de tres maneras, que son muy malos y enojosos, y todo lo mas del verano nos daban mucha fatiga; y para defendernos de ellos hacíamos al derredor de la gente muchos

fuegos de leña podrida y mojada, para que no ardiesen y hiciesen humo; y esta defension nos daba otro trabajo, porque en toda la noche no hacíamos sino llorar, del humo que en los ojos nos daba, y sobre eso, gran calor que nos causaban los muchos fuegos, y salíamos á dormir á la costa; y si alguna vez podíamos dormir, recordábanos á palos, para que tornásemos á encender los fuegos. Los de la tierra adentro para esto usan otro remedio tan inoportable y mas que este que he dicho, y es andar con tizones en las manos quemando los campos y montes que topan, para que los mosquitos huyan y tambien para sacar debajo de tierra lagartijas y otras semejantes cosas para comerlas; y tambien suelen matar venados, cercándolos con muchos fuegos; y usan tambien esto por quitar á los animales el pasto, que la necesidad les haga ir á buscarlo adonde ellos quieren, porque nunca hacen asiento con sus casas sino donde hay agua y leña, y alguna vez se cargan todos de esta provision y van á buscar los venados, que muy ordinariamente están donde no hay agua ni leña; y el día que llegan matan venados y algunas otras cosas que pueden, y gastan todo el agua y leña en guisar de comer y en los fuegos que hacen para defenderse de los mosquitos, y esperan otro día para tomar algo que lleven para el camino; y cuando parten, tales van de los mosquitos, que parece que tienen enfermedad de sant Lázaro; y de esta manera satisfacen su hambre dos ó tres veces en el año, á tan grande costa como he dicho; y por haber pasado por ello, puedo afirmar que ningun trabajo que se sufra en el mundo iguala con este. Por la tierra hay muchos venados y otras aves y animales de las que atrás he contado. Alcanzan aquí vacas, y yo las he visto tres veces y comido de ellas, y paréceme que serán del tamaño de las de España; tienen los cuernos pequeños, como moriscas, y el pelo muy largo, merino, como una bernia; unas son pardillas, y otras negras, y á mí parecer tienen mejor y mas gruesa carne que las de acá. De las que no son grandes hacen los indios mantas para cubrirse, y de las mayores hacen zapatos y rodela; estas vienen de hácia el norte por la tierra adelante hasta la costa de la Florida, y tiéndense por toda la tierra mas de cuatrocientas leguas; y en todo este camino, por los valles por donde ellas vienen, bajan las gentes que por allí habitan y se mantienen de ellas, y meten en la tierra grande cantidad de cueros.

## CAPITULO XIX.

De cómo nos apartaron los indios.

Cuando fueron cumplidos los seis meses que yo estuve con los cristianos esperando á poner en efecto el concierto que teníamos hecho, los indios se fueron á las tunas, que había de allí donde las habían de coger hasta treinta leguas; y ya que estábamos para huirnos, los indios con quien estábamos, unos con otros riñeron sobre una mujer, y se apuñearon y apalearon y descalabraron unos á otros; y con el grande enojo que hubieron, cada uno tomó su casa y se fué á su parte; de donde fué necesario que todos los cristianos que allí éramos tambien nos apartásemos, y en ninguna manera nos podimos juntar hasta otro año; y en este tiempo yo pasé

muy mala vida, así por la mucha hambre como por el mal tratamiento que de los indios recibía, que fué tal, que yo me hube de huir tres veces de los amos que tenía, y todos me anduvieron á buscar y poniendo diligencia para matarme; y Dios nuestro Señor por su misericordia me quiso guardar y amparar de ellos; y cuando el tiempo de las tunas tornó, en aquel mismo lugar nos tornamos á juntar. Ya que teníamos concertado de huirnos, y señalado el día, aquel mismo día los indios nos apartaron, y fuimos cada uno por su parte; y yo les dije á los otros compañeros que yo los esperaría en las tunas hasta que la luna fuese llena, y este día era 1.º de septiembre y primero día de luna; y avisélos que si en este tiempo no viniesen al concierto, yo me iría solo y los dejaría; y así, nos apartamos y cada uno se fué con sus indios, y yo estuve con los míos hasta trece de luna, y yo tenía acordado de me huir á otros indios en siendo la luna llena; y á 13 días del mes llegaron adonde yo estaba Andrés Dorantes y Estebanico, y dijéronme cómo dejaban á Castillo con otros indios que se llamaban anagados, y que estaban cerca de allí, y que habían mucho trabajo, y que habían andado perdidos, y que otro día adelante nuestros indios se mudaron hácia donde Castillo estaba, y iban á juntarse con los que lo tenían, y hacerse amigos unos de otros, porque hasta allí habían tenido guerra, y de esta manera cobramos á Castillo. En todo el tiempo que comíamos las tunas teníamos sed, y para remedio de esto bebíamos el zumo de las tunas y sacábamolo en un hoyo que en la tierra hacíamos, y desde que estaba lleno bebíamos de él hasta que nos hartábamos. Es dulce y de color de arropo; esto hacen por falta de otras vasijas. Hay muchas maneras de tunas, y entre ellas hay algunas muy buenas, aunque á mí todas me parecían así, y nunca la hambre me dió espacio para escogerlas ni parar mientes en cuáles eran mejores. Todas las mas de gentes beben agua llovediza y recogida en algunas partes; porque, aunque hay rios, como nunca están de asiento, nunca tienen agua conocida ni señalada. Por toda la tierra hay muy grandes y hermosas dehesas, y de muy buenos pastos para ganados; y paréceme que sería tierra muy fructífera si fuese labrada y habitada de gente de razon. No vimos sierra en toda ella en tanto que en ella estuvimos. Aquellos indios nos dijeron que otros estaban mas adelante, llamados camones, que viven hácia la costa, y habían muerto toda la gente que venía en la barca de Peñalosa y Tellez, y que venían tan flacos, que aunque los mataban no se defendían; y así, los acabaron todos, y nos mostraron ropas y armas de ellos, y dijeron que la barca estaba allí al través. Esta es la quinta barca que faltaba, porque la del Gobernador ya dijimos cómo la mar la llevó, y la del contador y los frailes la habían visto echada al través en la costa, y Esquivél contó el fin de ellos. Las dos en que Castillo y yo y Dorantes íbamos, ya hemos contado cómo junto á la isla de Mal-Hado se hundieron.

## CAPITULO XX.

De cómo nos huimos.

Después de habernos mudado, desde á dos días nos encomendamos á Dios nuestro Señor y nos fuimos huyendo, confiando que, aunque era ya tarde y las tunas se

acababan, con los frutos que quedarían en el campo podríamos andar buena parte de tierra. Yendo aquel día nuestro camino con harto temor que los indios nos habían de seguir, vimos unos humos, y yendo á ellos, después de visperas llegamos allá, do vimos un indio que, como vió que íbamos á él, huyó sin querernos aguardar; nosotros enviamos al negro tras de él, y como vió que iba solo, aguardólo. El negro le dijo que íbamos á buscar aquella gente que hacía aquellos humos. El respondió que cerca de allí estaban las casas, y que nos guiaría allá; y así, lo fuimos siguiendo; y él corrió á dar aviso de cómo íbamos, y á puesta del sol vimos las casas, y dos tiros de ballesta antes que llegásemos á ellas hallamos cuatro indios que nos esperaban, y nos recibieron bien. Dijímosles en lengua de mariames que íbamos á buscarlos, y ellos mostraron que se holgaban con nuestra compañía; y así, nos llevaron á sus casas, y á Dorantes y al negro aposentaron en casa de un físico, y á mí y á Castillo en casa de otro. Estos tienen otra lengua y llámense avavares, y son aquellos que solían llevar los arcos á los nuestros y iban á contratar con ellos; y aunque son de otra nacion y lengua, entienden la lengua de aquellos con quien antes estábamos, y aquel mismo día habían llegado allí con sus casas. Luego el pueblo nos ofreció muchas tunas, porque ya ellos tenían noticia de nosotros y cómo curábamlos, y de las maravillas que nuestro Señor con nosotros obraba, que, aunque no hubiera otras, harto grandes eran abriendo caminos por tierra tan despoblada, y darnos gente por donde muchos tiempos no la había, y librarnos de tantos peligros, y no permitir que nos matasen, y sustentarnos con tanta hambre, y poner aquellas gentes en corazon que nos tratasen bien, como adelante dirémos.

## CAPITULO XXI.

De cómo curamos aquí unos dolientes.

Aquella misma noche que llegamos vinieron unos indios á Castillo, y dijéronle que estaban muy malos de la cabeza, rogándole que los curase; y después que los hubo santiguado y encomendado á Dios, en aquel punto los indios dijeron que todo el mal se les había quitado; y fueron á sus casas y trujeron muchas tunas y un pedazo de carne de venado; cosa que no sabíamos qué cosa era; y como esto entre ellos se publicó, vinieron otros muchos enfermos en aquella noche á que los sanase, y cada uno traía un pedazo de venado; y tantos eran, que no sabíamos adónde poner la carne. Dimos muchas gracias á Dios porque cada día iba creciendo su misericordia y mercedes; y después que se acabaron las curas comenzaron á bailar y hacer sus areitos y fiestas, hasta otro día que el sol salió; y duró la fiesta tres días por haber nosotros venido, y al cabo de ellos les preguntamos por la tierra de adelante, y por la gente que en ella halláramos, y los mantenimientos que en ella había. Respondiéronnos que por toda aquella tierra había muchas tunas, mas que ya eran acabadas, y que ninguna gente había, porque todos eran idos á sus casas, con haber ya cogido las tunas; y que la tierra era muy fría y en ella había muy pocos cueros. Nosotros viendo esto, que ya el invierno á tiempo frío entraba, acordamos de pasarlo con estos. A cabo de cinco días que allí habíamos lle-

gado, se partieron á buscar otras tunas adonde habia otra gente de otras naciones y lenguas; y andadas cinco ornadas con muy grande hambre, porque en el camino no habia tunas ni otra fruta ninguna, allegamos á un rio, donde asentamos nuestras casas, y después de asentadas, fuimos á buscar una fruta de unos árboles, que es como hieros; y como por toda esta tierra no hay caminos, yo me detuve mas en buscarla: la gente se volvió, y yo quedé solo, y viniendo á buscarlos aquella noche me perdí, y plugo á Dios que hallé un árbol ardiendo, y al fuego de él pasé aquel frio aquella noche, y á la mañana yo me cargué de leña y tomé dos tizones, y volví á buscarlos, y anduve de esta manera cinco dias, siempre con mi lumbré y carga de leña, porque si el fuego se me matase en parte donde no tuviese leña, como en muchas partes no la habia, tuviese de qué hacer otros tizones y no me quedase sin lumbré, porque para el frio yo no tenia otro remedio, por andar desnudo como nascí, y para las noches yo tenia este remedio, que me iba á las matas del monte, que estaba cerca de los rios, y paraba en ellas antes que el sol se pusiese, y en la tierra hacia un hoyo y en él echaba mucha leña, que se cria en muchos árboles, de que por allí hay muy gran cantidad, y juntaba mucha leña de la que estaba caída y seca de los árboles, y al derredor de aquel hoyo hacia cuatro fuegos en cruz, y yo tenia cargo y cuidado de rebacer el fuego de rato en rato, y hacia unas gavillas de paja larga que por allí hay, con que me cubria en aquel hoyo, y de esta manera me amparaba del frio de las noches; y una de ellas el fuego cayó en la paja con que yo estaba cubierto, y estando yo durmiendo en el hoyo comenzó á arder muy recio, y por mucha priesa que yo me dí á salir, todavia saqué señal en los cabellos del peligro en que habia estado. En todo este tiempo no comí bocado ni hallé cosa que pudiese comer; y como traia los pies descalzos, corrióme de ellos mucha sangre, y Dios usó conmigo de misericordia, que en todo este tiempo no ventó el norte, porque de otra manera ningún remedio habia de yo vivir; y á cabo de cinco dias llegué á una ribera de un rio, donde yo hallé á mis indios, que ellos y los cristianos me contaban ya por muerto, y siempre creian que alguna víbora me habia mordido. Todos hubieron gran placer de verme, principalmente los cristianos, y me dijeron que hasta entonces habian caminado con mucha hambre, que esta era la causa que no me habian buscado; y aquella noche me dieron de las tunas que tenian, y otro dia partimos de allí, y fuimos donde hallamos muchas tunas, con que todos satisficieron su gran hambre, y nosotros dimos muchas gracias á nuestro Señor porque nunca nos faltaba su remedio.

## CAPITULO XXII.

Cómo otro dia nos trujeron otros enfermos.

Otro dia de mañana vinieron allí muchos indios y traian cinco enfermos que estaban tollidos y muy malos, y venian en busca de Castillo que los curase, y cada uno de los enfermos ofrecio sus arcos y flechas, y él los resebió, y á puesta del sol los santiguó y encomendó á Dios nuestro Señor, y todos le suplicamos con la mejor manera que podiamos les enviase salud, pues él

via que no habia otro remedio para que aquella gente nos ayudase, y saliésemos de tan miserable vida; y él lo hizo tan misericordiosamente, que venida la mañana, todos amanescieron tan buenos y sanos, y se fueron tan recios como si nunca hubieran tenido mal ninguno. Esto causó entre ellos muy gran admiracion, y á nosotros despertó que diésemos muchas gracias á nuestro Señor, á que mas enteramente conociésemos su bondad, y tuviésemos firme esperanza que nos habia de librar y traer donde le pudiésemos servir; y de mí sé decir que siempre tuve esperanza en su misericordia que me habia de sacar de aquella captividad, y así yo lo hablé siempre á mis compañeros. Como los indios fueron idos y llevaron sus indios sanos, partimos donde estaban otros comiendo tunas, y estos se llaman cutalches y malicones, que son otras lenguas, y junto con ellos habia otros que se llamaban coayos y susolas, y de otra parte otros llamados atayos, y estos tenian guerra con los susolas, con quien se flechaban cada dia; y como por toda la tierra no se hablase sino en los misterios que Dios nuestro Señor con nosotros obraba, venian de muchas partes á buscarnos para que los curásemos; y á cabo de dos dias que allí llegaron, vinieron á nosotros unos indios de los susolas y rogaron á Castillo que fuese á curar un herido y otros enfermos, y dijeron que entre ellos quedaba uno que estaba muy al cabo. Castillo era médico muy temeroso, principalmente cuando las curas eran muy temerosas y peligrosas, y creia que sus pecados habian de estorbar que no todas veces sucediese bien el curar. Los indios me dijeron que yo fuese á curarlos, porque ellos me querian bien y se acordaban que les habia curado en las nueces, y por aquello nos habian dado nueces y cueros; y esto habia pasado cuando yo vine á juntarme con los cristianos; y así, hube de irme con ellos, y fueron conmigo Dorantes y Estebanico, y cuando llegué cerca de los ranchos que ellos tenian, yo vi el enfermo que íbamos á curar que estaba muerto, porque estaba mucha gente al derredor de él llorando y su casa deshecha, que es señal que el dueño estaba muerto; y así, cuando yo llegué hallé el indio los ojos vueltos y sin ningún pulso, y con todas señales de muerto, segun á mí me pareció, y lo mismo dijo Dorantes. Yo le quité una estera que tenia encima, con que estaba cubierto, y lo mejor que pude supliqué á nuestro Señor fuese servido de dar salud á aquel y á todos los otros que de ella tenian necesidad; y después de santiguado y soplado muchas veces, me trajeron su arco y me lo dieron, y una sera de tunas molidas, y lleváronme á curar otros muchos que estaban malos de modorra, y me dieron otras dos seras de tunas, las cuales dí á nuestros indios, que con nosotros habian venido; y hecho esto, nos volvimos á nuestro aposento, y nuestros indios, á quien dí las tunas, se quedaron allí; y á la noche se volvieron á sus casas, y dijeron que aquel que estaba muerto y yo habia curado en presencia de ellos, se habia levantado bueno y se habia paseado, y comido y hablado con ellos, y que todos cuantos habia curado quedaban sanos y muy alegres. Esto causó gran admiracion y espanto, y en toda la tierra no se hablaba en otra cosa. Todos aquellos á quien esta fama llegaba nos venian á buscar para que los curásemos y santiguásemos sus

hijos; y cuando los indios que estaban en compañía de los nuestros, que eran los cutalchiches, se hobieron de ir á su tierra, antes que se partiesen nos ofrescieron todas las tunas que para su camino tenian, sin que ninguna les quedase, y diéronnos pedernales tan largos como palmo y medio, con que ellos cortan, y es entre ellos cosa de muy gran estima. Rogáronnos que nos acordásemos de ellos y rogásemos á Dios que siempre estuviesen buenos, y nosotros se lo prometimos; y con esto partieron los mas contentos hombres del mundo, habiéndonos dado todo lo mejor que tenian. Nosotros estuvimos con aquellos indios avavares ocho meses, y esta cuenta haciamos por las lunas. En todo este tiempo nos venian de muchas partes á buscar, y decian que verdaderamente nosotros éramos hijos del sol. Dorantes y el negro hasta allí no habian curado; mas por la mucha importunidad que teniamos, viniéndonos de muchas partes á buscar, venimos todos á ser médicos, aunque en atrevimiento y osar acometer cualquier cura era yo mas señalado entre ellos, y ninguno jamás curamos que no nos dijese que quedaba sano; y tanta confianza tenian que habian de sanar si nosotros los curásemos, que creian que en tanto que allí nosotros estuviésemos ninguno de ellos habia de morir. Estos y los de mas atrás nos contaron una cosa muy extraña, y por la cuenta que nos figuraron, parecia que habia quince ó diez y seis años que habia acontecido, que decian que por aquella tierra anduvo un hombre, que ellos llaman Mala-Cosa, y que era pequeño de cuerpo, y que tenia barbas, aunque nunca claramente le pudieron ver el rostro, y que cuando venia á la casa donde estaban se les levantaban los cabellos y temblaban, y luego parecia á la puerta de la casa un tizon ardiendo; y luego aquel hombre entraba y tomaba al que queria de ellos, y dábales tres cuchilladas grandes por las ijadas con un pedernal muy agudo, tan ancho como una mano y dos palmos en lueno, y metia la mano por aquellas cuchilladas y sacábales las tripas, y que cortaba de una tripa poco mas ó menos de un palmo, y aquello que cortaba echaba en las brasas; y luego le daba tres cuchilladas en un brazo, y la segunda daba por la sangradura y desconcertábasele, y dende á poco se lo tornaba á concertar y poniale las manos sobre las heridas, y deciannos que luego quedaban sanos, y que muchas veces cuando bailaban aparecía entre ellos, en hábito de mujer unas veces, y otras como hombre; y cuando él queria, tomaba el húbio ó casa y subíala en alto, y dende á un poco caia con ella y daba muy gran golpe. Tambien nos contaron que muchas veces le dieron de comer y que nunca jamás comió; y que le preguntaban dónde venia y á qué parte tenia su casa, y que les mostró una hendedura de la tierra, y dijo que su casa era allí debajo. De estas cosas que ellos nos decian, nosotros nos reiamos mucho, burlando de ellas; y como ellos vieron que no lo creiamos, trujeron muchos de aquellos que decian que él habia tomado, y vimos las señales de las cuchilladas que él habia dado en los lugares en la manera que ellos contaban. Nosotros les dijimos que aquel era un malo, y de la mejor manera que podimos les dábamos á entender que si ellos creyesen en Dios nuestro Señor y fuesen cristianos como nosotros, no ternian miedo de aquel, ni él sería

venir á hacelles aquellas cosas; y que tuviesen por cierto que en tanto que nosotros en la tierra estuviésemos él no osaria parecer en ella. De esto se holgaron ellos mucho y perdieron mucha parte del temor que tenian. Estos indios nos dijeron que habian visto al asturiano y á Figueroa con otros, que adelante en la costa estaban, á quien nosotros llamábamos de los higos. Toda esta gente no conocian los tiempos por el sol ni la luna, ni tienen cuenta del mes y año, y mas entienden y saben las diferencias de los tiempos cuando las frutas vienen á madurar, y en tiempo que muere el pescado y el aparescer de las estrellas, en que son muy diestros y ejercitados. Con estos siempre fuimos bien tratados, aunque lo que habiamos de comer lo acabábamos, y traíamos nuestras cargas de agua y leña. Sus casas y mantenimientos son como las de los pasados, aunque tienen muy mayor hambre, porque no alcanzan maíz ni bellotas ni nueces. Anduvimos siempre en cueros como ellos, y de noche nos cubriamos con cueros de venado. De ocho meses que con ellos estuvimos, los seis padescimos mucha hambre; que tampoco alcanzan pescado. Y al cabo de este tiempo ya las tunas comenzaban á madurar, y sin que de ellos fuésemos sentidos nos fuimos á otros que adelante estaban, llamados maliacones; estos estaban una jornada de allí, donde yo y el negro llegamos. A cabo de los tres dias envié que trajese á Castillo y á Dorantes; y venidos, nos partimos todos juntos con los indios, que iban á comer una frutilla de unos árboles, de que se mantienen diez ó doce dias, entre tanto que las tunas vienen; y allí se juntaron con estos otros indios que se llaman arbadaos, y á estos hallamos muy enfermos y flacos y hinchados; tanto, que nos maravillamos mucho, y los indios con quien habiamos venido se volvieron por el mismo camino; y nosotros les dijimos que nos queriamos quedar con aquellos; de que ellos mostraron pesar; y así, nos quedamos en el campo con aquellos, cerca de aquellas casas, y cuando ellos nos vieron, juntáronse después de hablar entre sí, y cada uno de ellos tomó el suyo por la mano y nos llevaron á sus casas. Con estos padescimos mas hambre que con los otros, porque en todo el dia no comiamos mas de dos puños de aquella fruta, la cual estaba verde; tenia tanta leche, que nos quemaba las bocas; y con tener falta de agua, daba mucha sed á quien la comia; y como la hambre fuese tanta, nosotros comprámosles dos perros, y á trueco de ellos les dimos unas redes y otras cosas, y un cuero con que yo me cubria. Ya he dicho cómo por toda esta tierra anduvimos desnudos; y como no estábamos acostumbrados á ello, á manera de serpientes mudábamos los cueros dos veces en el año, y con el sol y el aire haciansenos en los pechos y en las espaldas unos empeines muy grandes, de que resecebamos muy gran pena por razon de las muy grandes cargas que traíamos, que eran muy pesadas, y hacian que las cuerdas se nos metian por los brazos; y la tierra es tan áspera y tan cerrada, que muchas veces haciamos leña en montes, que cuando la acabábamos de sacar nos corria por muchas partes sangre, de las espaldas y matas con que topábamos, que nos rompian por donde alcanzaban. A las veces me aconteció hacer leña donde, después de haberme costado mucha sangre, no la podia sa-